

La casa de Bernarda Alba

Federico García Lorca

PERSONAJES

BERNARDA, 60 años.

MARÍA JOSEFA, madre de Bernarda, 80 años.

ANGUSTIAS, hija de Bernarda, 39 años.

MAGDALENA, hija de Bernarda, 30 años.

AMELIA, hija de Bernarda, 27 años.

MARTIRIO, hija de Bernarda, 24 años.

ADELA, hija de Bernarda, 20 años.

LA PONCIA, criada, 60 años.

CRIADA, 50 años.

PRUDENCIA, 50 años.

MENDIGA.

MUJER 1.^a.

MUJER 2.^a.

MUJER 3.^a.

MUJER 4.^a.

MUCHACHA.

Mujeres de luto.

El poeta advierte que estos tres actos tienen la intención de un documental fotográfico.

Acto I

Habitación blanquísima del interior de la casa de BERNARDA. Muros gruesos. Puertas en arco con cortinas de yute rematadas con madroños y volantes. Silla de anea. Cuadros con paisajes inverosímiles de ninfas o reyes de leyenda. Es verano. Un gran silencio umbroso se extiende por la escena. Al levantarse el telón está la escena sola. Se oyen doblar las campanas. (...)

BERNARDA.- (...) Niña, dame el abanico.

ADELA.- Tome usted. **(Le da un abanico redondo con flores rojas y verdes.)**

BERNARDA.- **(Arrojando el abanico al suelo.)** ¿Es éste el abanico que se da a una viuda? Dame uno negro y aprende a respetar el luto de tu padre.

MARTIRIO.- Tome usted el mío.

BERNARDA.- ¿Y tú?

MARTIRIO.- Yo no tengo calor.

BERNARDA.- Pues busca otro, que te hará falta. En ocho años que dure el luto no ha de entrar en esta casa el viento de la calle. Hacemos cuenta que hemos tapiado con ladrillos puertas y ventanas. Así pasó en casa de mi padre y en casa de mi abuelo. Mientras, podéis empezar a bordar el ajuar. En el arca tengo veinte piezas de hilo con el que podréis cortar sábanas y embozos. Magdalena puede bordarlas.

MAGDALENA.- Lo mismo me da.

ADELA.- **(Agria.)** Si no quieres bordarlas, irán sin bordados. Así las tuyas lucirán más.

MAGDALENA.- Ni las mías ni las vuestras. Sé que yo no me voy a casar. Prefiero llevar sacos al molino. Todo menos estar sentada días y días dentro de esta sala oscura.

BERNARDA.- Eso tiene ser mujer.

MAGDALENA.- Malditas sean las mujeres.

BERNARDA.- Aquí se hace lo que yo mando. Ya no puedes ir con el cuento a tu padre. Hilo y aguja para las hembras. látigo y mula para el varón. Eso tiene la gente que nace con posibles.

(...)

BERNARDA.- (...) ¿Y Angustias?

ADELA.- **(Con intención.)** La he visto asomada a las rendijas del portón. Los hombres se acaban de ir.

BERNARDA.- ¿Y tú a qué fuiste también al portón?

ADELA.- Me llegué a ver si habían puesto las gallinas.

BERNARDA.- ¡Pero el duelo de los hombres habría salido ya!

ADELA.- **(Con intención.)** Todavía estaba un grupo parado por fuera.

BERNARDA.- **(Furiosa.)** ¡Angustias! ¡Angustias!

ANGUSTIAS.- **(Entrando.)** ¿Qué manda usted?

BERNARDA.- ¿Qué mirabas y a quién?

ANGUSTIAS.- A nadie.

BERNARDA.- ¿Es decente que una mujer de tu clase vaya con el anzuelo detrás de un hombre el día de la misa de su padre? ¡Contesta! ¿A quién mirabas?

(Pausa.)

ANGUSTIAS.- Yo...

BERNARDA.- ¡Tú!

ANGUSTIAS.- ¡A nadie!

BERNARDA.- **(Avanzando y golpeándola.)** ¡Suave! ¡Dulzarrona!

LA PONCIA.- **(Corriendo.)** ¡Bernarda, cálmate! **(La sujeta.)**

(ANGUSTIAS llora.)

BERNARDA.- ¡Fuera de aquí todas!

(Salen.)

(...)

(Entran AMELIA y MARTIRIO.)

AMELIA.- ¿Has tomado la medicina?

MARTIRIO.- ¡Para lo que me va a servir!

AMELIA.- Pero la has tomado.

MARTIRIO.- Yo hago las cosas sin fe, pero como un reloj.

AMELIA.- Desde que vino el médico nuevo estás más animada.

MARTIRIO.- Yo me siento lo mismo.

AMELIA.- ¿Te fijaste? Adelaida no estuvo en el duelo.

MARTIRIO.- Ya lo sabía. Su novio no la deja salir ni al tranco de la calle. Antes era alegre; ahora ni polvos se echa en la cara.

AMELIA.- Ya no sabe una si es mejor tener novio o no.

MARTIRIO.- Es lo mismo.

AMELIA.- De todo tiene la culpa esta crítica que no nos deja vivir. Adelaida habrá pasado mal rato.

MARTIRIO.- Le tiene miedo a nuestra madre. Es la única que conoce la historia de su padre y el origen de sus tierras. Siempre que viene le tira puñaladas en el asunto. Su padre mató en Cuba al marido de su primera mujer para casarse con ella. Luego aquí la abandonó y se fue con otra que tenía una hija y luego tuvo relaciones con esta muchacha, la madre de Adelaida, y se casó con ella después de haber muerto loca la segunda mujer.

AMELIA.- Y ese infame, ¿por qué no está en la cárcel?

MARTIRIO.- Porque los hombres se tapan unos a otros las cosas de esta índole y nadie es capaz de delatar.

(...)

(Entra MAGDALENA.)

MAGDALENA.- ¿Qué hacéis?

MARTIRIO.- Aquí.

AMELIA.- ¿Y tú?

MAGDALENA.- Vengo de correr las cámaras. Por andar un poco. De ver los cuadros bordados de cañamazo de nuestra abuela, el perrito de lanas y el negro luchando con el león, que tanto nos gustaba de niñas. Aquélla era una época más alegre. Una boda duraba diez días y no se usaban las malas lenguas. Hoy hay más finura, las novias se ponen de velo blanco como en las poblaciones y se bebe vino de botella, pero nos pudrimos por el qué dirán.

MARTIRIO.- ¡Sabe Dios lo que entonces pasaría!

AMELIA.- **(A MAGDALENA.)** Llevas desabrochados los cordones de un zapato.

MAGDALENA.- ¡Qué más da!

AMELIA.- Te los vas a pisar y te vas a caer.

MAGDALENA.- ¡Una menos!

MARTIRIO.- ¿Y Adela?

MAGDALENA.- ¡Ah! Se ha puesto el traje verde que se hizo para estrenar el día de su cumpleaños, se ha ido al corral, y ha comenzado a voces: «¡Gallinas! ¡Gallinas, miradme!».

AMELIA.- ¡Si la hubiera visto madre!

MAGDALENA.- ¡Pobrecilla! Es la más joven de nosotras y tiene ilusión. Daría algo por verla feliz.

(...)

(Entra ADELA.)

MAGDALENA.- ¿Te han visto ya las gallinas?

ADELA.- ¿Y qué queráis que hiciera?

AMELIA.- ¡Si te ve nuestra madre te arrastra del pelo!

ADELA.- Tenía mucha ilusión con el vestido. Pensaba ponérmelo el día que vamos a comer sandías a la noria. No hubiera habido otro igual.

MARTIRIO.- Es un vestido precioso.

ADELA.- Y que me está muy bien. Es lo mejor que ha cortado Magdalena.

MAGDALENA.- ¿Y las gallinas qué te han dicho?

ADELA.- Regalarme unas cuantas pulgas que me han acribillado las piernas.

(Ríen.)

(...)

(Pausa.)

MARTIRIO.- ¿Qué piensas, Adela?

ADELA.- Pienso que este luto me ha cogido en la peor época de mi vida para pasarlo.

MAGDALENA.- Ya te acostumbrarás.

ADELA.- **(Rompiendo a llorar con ira.)** No me acostumbraré. Yo no puedo estar encerrada. No quiero que se me pongan las carnes como a vosotras; no quiero perder mi blancura en estas habitaciones; mañana me pondré mi vestido verde y me echaré a pasear por la calle. ¡Yo quiero salir!

(Aparece la CRIADA.)

CRIADA.- Pepe el Romano viene por lo alto de la calle.

(AMELIA, MARTIRIO y MAGDALENA corren presurosas.)

MAGDALENA.- ¡Vamos a verlo!

(Salen rápidas.)

CRIADA.- (A ADELA.) ¿Tú no vas?

ADELA.- No me importa.

CRIADA.- Como dará la vuelta a la esquina, desde la ventana de tu cuarto se verá mejor. **(Sale.)**

(ADELA queda en escena dudando; después de un instante se va también rápida hasta su habitación.)

Acto II

Habitación blanca del interior de la casa de BERNARDA. Las puertas de la izquierda dan a los dormitorios. Las HIJAS de BERNARDA están sentadas en sillas bajas cosiendo. MAGDALENA borda. Con ellas está LA PONCIA.

(...)

MAGDALENA.- **(A voces.)** Adela, ¿no vienes?

AMELIA.- Estará echada en la cama.

LA PONCIA.- Ésta tiene algo. La encuentro sin sosiego, temblona, asustada como si tuviese una lagartija entre los pechos.

MARTIRIO.- No tiene ni más ni menos que lo que tenemos todas.

MAGDALENA.- Todas, menos Angustias.

ANGUSTIAS.- Yo me encuentro bien y al que le duela que reviente.

MAGDALENA.- Desde luego que hay que reconocer que lo mejor que has tenido siempre es el talle y la delicadeza.

ANGUSTIAS.- Afortunadamente, pronto voy a salir de este infierno.

MAGDALENA.- ¡A lo mejor no sales!

MARTIRIO.- Dejar esa conversación.

ANGUSTIAS.- Y además, ¡más vale onza en el arca que ojos negros en la cara!

MAGDALENA.- Por un oído me entra y por otro me sale.

AMELIA.- **(A LA PONCIA.)** Abre la puerta del patio a ver si nos entra un poco de fresco.

(La CRIADA lo hace.)

MARTIRIO.- Esta noche pasada no me podía quedar dormida por el calor.

AMELIA.- Yo tampoco.

MAGDALENA.- Yo me levanté a refrescarme. Había un nublo negro de tormenta y hasta cayeron algunas gotas.

(...)

(Se oyen unos campanillos lejanos, como a través de varios muros.)

MAGDALENA.- Son los hombres que vuelven del trabajo.

LA PONCIA.- Hace un minuto dieron las tres.

MARTIRIO.- ¡Con este sol!

ADELA.- **(Sentándose.)** ¡Ay, quién pudiera salir también a los campos!

MAGDALENA.- **(Sentándose.)** ¡Cada clase tiene que hacer lo suyo!

MARTIRIO.- **(Sentándose.)** ¡Así es!

AMELIA.- **(Sentándose.)** ¡Ay!

LA PONCIA.- No hay alegría como la de los campos en esta época. Ayer de mañana llegaron los segadores. Cuarenta o cincuenta buenos mozos.

MAGDALENA.- ¿De dónde son este año?

LA PONCIA.- De muy lejos. Vinieron de los montes. ¡Alegres! ¡Como árboles quemados! ¡Dando voces y arrojando piedras! (...)

(Se oye un cantar lejano que se va acercando.)

LA PONCIA.- Son ellos. Traen unos cantos preciosos.

AMELIA.- Ahora salen a segar.

CORO

Ya salen los segadores
en busca de las espigas;
se llevan los corazones
de las muchachas que miran.

(Se oyen panderos y carrañacas. Pausa. Todas oyen en un silencio traspasado por el sol.)

AMELIA.- ¡Y no les importa el calor!

MARTIRIO.- Siegan entre llamaradas.

ADELA.- Me gustaría segar para ir y venir. Así se olvida lo que nos muerde.

MARTIRIO.- ¿Qué tienes tú que olvidar?

ADELA.- Cada una sabe sus cosas.

MARTIRIO.- **(Profunda.)** ¡Cada una!

LA PONCIA.- ¡Callar! ¡Callar!

CORO

(Muy lejano.)

Abrir puertas y ventanas
las que vivís en el pueblo,
el segador pide rosas
para adornar su sombrero.

LA PONCIA.- ¡Qué canto!

MARTIRIO

(Con nostalgia.)

Abrir puertas y ventanas
las que vivís en el pueblo...

ADELA

(Con pasión.)

... el segador pide rosas
para adornar su sombrero.

(Se va alejando el cantar.)

LA PONCIA.- Ahora dan vuelta a la esquina.

ADELA.- Vamos a verlos por la ventana de mi cuarto.

LA PONCIA.- Tened cuidado con no entreabrirla mucho, porque son capaces de dar un empujón para ver quién mira.

(Se van las tres. MARTIRIO queda sentada en la silla baja con la cabeza entre las manos.)

AMELIA.- **(Acercándose.)** ¿Qué te pasa?

MARTIRIO.- Me sienta mal el calor.

AMELIA.- ¿No es más que eso?

MARTIRIO.- Estoy deseando que llegue noviembre, los días de lluvias, las escarchas, todo lo que no sea este verano interminable.

AMELIA.- Ya pasará y volverá otra vez.

(...)

(Pausa.)

AMELIA.- Acuéstate un poco.

ANGUSTIAS.- **(Entrando furiosa en escena, de modo que haya un gran contraste con los silencios anteriores.)** ¿Dónde está el retrato de Pepe que tenía yo debajo de mi almohada? ¿Quién de vosotras lo tiene?

MARTIRIO.- Ninguna.

AMELIA.- Ni que Pepe fuera un san Bartolomé de plata.

ANGUSTIAS.- ¿Dónde está el retrato?

(Entran LA PONCIA, MAGDALENA y ADELA.)

ADELA.- ¿Qué retrato?

ANGUSTIAS.- Una de vosotras me lo ha escondido.

MAGDALENA.- ¿Tienes la desvergüenza de decir esto?

ANGUSTIAS.- Estaba en mi cuarto y ya no está.

MARTIRIO.- ¿Y no se habrá escapado a medianoche al corral? A Pepe le gusta andar con la luna.

ANGUSTIAS.- ¡No me gastes bromas! Cuando venga se lo contaré.

LA PONCIA.- ¡Eso no, porque aparecerá! **(Mirando a ADELA.)**

ANGUSTIAS.- ¡Me gustaría saber cuál de vosotras lo tiene!

ADELA.- **(Mirando a MARTIRIO.)** ¡Alguna! ¡Todas menos yo!

MARTIRIO.- **(Con intención.)** ¡Desde luego!

BERNARDA.- **(Entrando.)** ¡Qué escándalo es éste en mi casa y en el silencio del peso del calor! Estarán las vecinas con el oído pegado a los tabiques.

ANGUSTIAS.- Me han quitado el retrato de mi novio.

BERNARDA.- **(Fiera.)** ¿Quién? ¿Quién?

ANGUSTIAS.- ¡Éstas!

BERNARDA.- ¿Cuál de vosotras? **(Silencio.)** ¡Contestarme! **(Silencio. A PONCIA.)** Registra los cuartos, mira por las camas. Esto tiene no ataros más cortas. ¡Pero me vais a soñar! **(A ANGUSTIAS.)** ¿Estás segura?

ANGUSTIAS.- Sí.

BERNARDA.- ¿Lo has buscado bien?

ANGUSTIAS.- Sí, madre.

(Todas están de pie en medio de un embarazoso silencio.)

BERNARDA.- Me hacéis al final de mi vida beber el veneno más amargo que una madre puede resistir. **(A PONCIA.)** ¿No lo encuentras?

LA PONCIA.- **(Saliendo.)** Aquí está.

BERNARDA.- ¿Dónde lo has encontrado?

LA PONCIA.- Estaba...

BERNARDA.- Dilo sin temor.

LA PONCIA.- **(Extrañada.)** Entre las sábanas de la cama de Martirio.

BERNARDA.- **(A MARTIRIO.)** ¿Es verdad?

MARTIRIO.- ¡Es verdad!

BERNARDA.- **(Avanzando y golpeándola.)** Mala puñalada te den, ¡mosca muerta! ¡Sembradura de vidrios!

MARTIRIO.- **(Fiera.)** ¡No me pegue usted, madre!

BERNARDA.- ¡Todo lo que quiera!

MARTIRIO.- ¡Si yo la dejo! ¿Lo oye? ¡Retírese usted!

LA PONCIA.- No faltes a tu madre.

ANGUSTIAS.- **(Cogiendo a BERNARDA.)** Déjala. ¡Por favor!

BERNARDA.- Ni lágrimas te quedan en esos ojos.

MARTIRIO.- No voy a llorar para darle gusto.

BERNARDA.- ¿Por qué has cogido el retrato?

MARTIRIO.- ¿Es que yo no puedo gastar una broma a mi hermana? ¿Para qué lo iba a querer?

ADELA.- **(Saltando llena de celos.)** No ha sido broma, que tú nunca has gustado jamás de juegos. Ha sido otra cosa que te reventaba en el pecho por querer salir. Dilo ya claramente.

MARTIRIO.- ¡Calla y no me hagas hablar, que si hablo se van a juntar las paredes unas con otras de vergüenza!

ADELA.- ¡La mala lengua no tiene fin para inventar!

BERNARDA.- ¡Adela!

MAGDALENA.- Estáis locas.

(...)

BERNARDA.- ¡Silencio digo! Yo veía la tormenta venir, pero no creía que estallara tan pronto. ¡Ay, qué pedrisco de odio habéis echado sobre mi corazón! Pero todavía no soy anciana y tengo cinco cadenas para vosotras y esta casa levantada por mi padre para que ni las hierbas se enteren de mi desolación. ¡Fuera de aquí!

(Salen. BERNARDA se sienta desolada.)

(...)

Acto III

Cuatro paredes blancas ligeramente azuladas del patio interior de la casa de BERNARDA. Es de noche. El decorado ha de ser de una perfecta simplicidad. Las puertas iluminadas por la luz de los interiores dan un tenue fulgor a la escena.

En el centro, una mesa con un quinqué, donde están comiendo BERNARDA y sus HIJAS. LA PONCIA las sirve. PRUDENCIA está sentada aparte.

Al levantarse el telón hay un gran silencio, interrumpido por el ruido de platos y cubiertos.

(...)

PRUDENCIA.- Buenas noches nos dé Dios.

BERNARDA.- Adiós, Prudencia.

LAS CINCO A LA VEZ.- Vaya usted con Dios.

(Pausa. Sale PRUDENCIA.)

BERNARDA.- Ya hemos comido.

(Se levantan.)

ADELA.- Voy a llegarme hasta el portón para estirar las piernas y tomar un poco de fresco.

(MAGDALENA se sienta en una silla baja retrepada contra la pared.)

AMELIA.- Yo voy contigo.

MARTIRIO.- Y yo.

ADELA.- **(Con odio contenido.)** No me voy a perder.

AMELIA.- La noche quiere compañía.

(Salen.)

(BERNARDA se sienta y ANGUSTIAS está arreglando la mesa.)

BERNARDA.- Ya te he dicho que quiero que hables con tu hermana Martirio. Lo que pasó del retrato fue una broma y lo debes olvidar.

ANGUSTIAS.- Usted sabe que ella no me quiere.

BERNARDA.- Cada uno sabe lo que piensa por dentro. Yo no me meto en los corazones, pero quiero buena fachada y armonía familiar. ¿Lo entiendes?

ANGUSTIAS.- Sí.

BERNARDA.- Pues ya está.

MAGDALENA.- **(Casi dormida.)** Además, ¡si te vas a ir antes de nada! **(Se duerme.)**

ANGUSTIAS.- Tarde me parece.

(...)

CRIADA.- **(Entrando.)** Ya terminé de fregar los platos. ¿Manda usted algo, Bernarda?

BERNARDA.- **(Levantándose.)** Nada. Voy a descansar.

LA PONCIA.- ¿A qué hora quieres que te llame?

BERNARDA.- A ninguna. Esta noche voy a dormir bien. **(Se va.)**

LA PONCIA.- Cuando una no puede con el mar lo más fácil es volver las espaldas para no verlo.

CRIADA.- Es tan orgullosa que ella misma se pone una venda en los ojos.

LA PONCIA.- Yo no puedo hacer nada. Quise atajar las cosas, pero ya me asustan demasiado. ¿Tú ves este silencio? Pues hay una tormenta en cada cuarto. El día que estallen nos barrerán a todas. Yo he dicho lo que tenía que decir.

(...)

(Se oye un silbido y ADELA corre a la puerta, pero MARTIRIO se le pone delante.)

MARTIRIO.- ¿Dónde vas?

ADELA.- ¡Quítate de la puerta!

MARTIRIO.- ¡Pasa si puedes!

ADELA.- ¡Aparta! **(Lucha.)**

MARTIRIO.- **(A voces.)** ¡Madre, madre!

(Aparece BERNARDA. Sale en enaguas, con un mantón negro.)

BERNARDA.- Quietas, quietas. ¡Qué pobreza la mía, no poder tener un rayo entre los dedos!

(...)

LA PONCIA.- Maldita.

MAGDALENA.- ¡Endemoniada!

BERNARDA.- Aunque es mejor así.

(Suena un golpe.)

¡Adela, Adela!

LA PONCIA.- **(En la puerta.)** ¡Abre!

BERNARDA.- Abre. No creas que los muros defienden de la vergüenza.

CRIADA.- **(Entrando.)** ¡Se han levantado los vecinos!

BERNARDA.- **(En voz baja como un rugido.)** ¡Abre, porque echaré abajo la puerta! **(Pausa. Todo queda en silencio.)** ¡Adela! **(Se retira de la puerta.)** ¡Trae un martillo!

(LA PONCIA da un empujón y entra. Al entrar da un grito y sale.)

¿Qué?

LA PONCIA.- **(Se lleva las manos al cuello.)** ¡Nunca tengamos ese fin!

(Las HERMANAS se echan hacia atrás. La CRIADA se santigua. BERNARDA da un grito y avanza.)

LA PONCIA.- ¡No entres!

BERNARDA.- No. ¡Yo no! Pepe: tú irás corriendo vivo por lo oscuro de las alamedas, pero otro día caerás. ¡Descolgarla! ¡Mi hija ha muerto virgen! Llévala a su cuarto y vestirla como una doncella. ¡Nadie diga nada! Ella ha muerto virgen. Avisad que al amanecer den dos clamores las campanas.

MARTIRIO.- Dichosa ella mil veces que lo pudo tener.

BERNARDA.- Y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. ¡Silencio! **(A otra HIJA.)** ¡A callar he dicho! **(A otra HIJA.)** ¡Las lágrimas cuando estés sola! Nos hundiremos todas en un mar de luto. Ella, la hija menor de Bernarda Alba, ha muerto virgen. ¿Me habéis oído? ¡Silencio, silencio he dicho! ¡Silencio!

(Telón.)